

Ingeniero de profesión, es escritor y estudiante de Historia por la UNED, es un amante de la literatura que intenta reconducir su vida hacia las artes y las letras.

**José Chica Calaf**

Tercer Accésit del III Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

## LA ENTREVISTA

Juan González del Alamo, Ingeniero Técnico Aeronáutico y sin experiencia.

Sí, ese era mi nombre y apellidos, estudios y esperanzas de empleo, aunque debería llamarlo "experiencia profesional", que es como se titulaba en los modelos de currículum que había descargado de Internet.

Volví a mirarme las manos. Otra vez sudorosas, las frotaba cada poco contra los brazos de la silla donde estaba sentado. La suave felpa con la que habían forrado los asientos de aquella sala invitaba a acariciarlos. Pero el mío era ya



distinto. Su aspecto, engominado por el sudor de mi maldito nerviosismo demostraba lo poco entrenado que estaba ante lo que se avecinaba.

Un traje del Zara, recogido de la tintorería hacía pocos días, ya no mostraba la batalla de su primer uso. Corbata en la cabeza, gafas de sol de Decathlon y americana estampada de alguna bebida alcohólica que mi memoria olvidó. El fin de año de mi último cuatrimestre en la Universidad: un desenfreno, una locura de la que mi cuerpo fue artífice, pero mi mente prefiere no recordar. Pero esa parte de la historia de mi traje la conocía yo, no María Asunción Torres Pacheco, directora de Recursos Humanos de Teck Engineering. Aunque esa es una traducción libre que hice de la firma de su correo electrónico, citándome a una entrevista de trabajo: "Human Resources Top Manager". Creo que me olvido de un International entre Human y Resources, ¿o era entre Top y Manager? No sé, no recuerdo. Espero que no tenga que saberlo, pensé dubitativo. Aquello me alteró un poco más de lo que ya estaba.

La luz de la sala estaba apagada, y yo como un tonto, estaba sentado en una de las sillas más iluminada por la poca luz que entraba desde el exterior. Me habían señalado la puerta del lugar donde tenía que esperar, pero al entrar no conseguí encontrar el maldito interruptor que activaba los largos fluorescentes que se intuían en aquella oscuridad. Durante cierto tiempo, luché por encontrarlo; incluso llegué a situarme dentro de la sala, lo más alejado de la puerta, para dar dos tímidas palmadas. Cuando la luz no quiso hacer acto de presencia, me vi con esa cara de pasmado ante lo evidente: estás en Teck Engineering, no en una sala de la nave Enterprise. Agarré una silla, la arrastré cerca de la puerta y me senté a repasar mentalmente lo que debía hacer. Pero no se me ocurrió nada, ya

que aquello no era la convocatoria de ningún examen, que era el único reto para el que me habían entrenado.

Una figura apareció de forma repentina ante la puerta. Taponó la entrada de luz, siendo sólo visible su silueta. Cintura fina con cuerpo de violín. Una bella estampa, pensé.

—¿Juan? —oí. Era el sonido de una voz fina y amigable. Era como si una locutora de radio hubiera pronunciado mi nombre—. ¿Juan González?

¡Joder! La Top Manager. Me levanté de forma repentina, como la descarga de un muelle tenso.

—Sí, soy yo —respondí de forma atropellada.

—¿Qué haces con la luz apagada? —dijo Asunción, mientras los primeros destellos provocados por el cebador de los fluorescentes iluminaban de forma intermitente la sala.

Observé a la mujer que aún no había entrado en la habitación, con un brazo extendido a un lado de la puerta. El interruptor estaba por fuera, no por dentro. Muy bien Juan, pensé. Así se empiezan las entrevistas de trabajo, aparentando ser miembro de alguna tribu urbana medio gótica amante de la oscuridad. Justo el perfil que Teck Engineering espera reflejar en su personal.

—Es que me dijeron que esperara aquí y la luz no estaba dada. — Hablaba a la vez que intentaba pensar alguna excusa o mentira que no



me obligara a contar la humillante verdad, pero la improvisación nunca fue mi fuerte. —Y... Pues... No encontré el interruptor.

Sonreí, intentando darle un toque jocoso al asunto. No darle importancia, dejarlo como una anécdota graciosa que aquella mujer olvidara con rapidez, pero Asunción arqueó una ceja con la expresión facial de estar observando a un hipopótamo a rayas con un poco original traje de Zara.

—Bueno, si quieres sentarte, por favor... —dijo, señalando una de las sillas que rodeaban una gruesa mesa de madera barnizada.

Antes de sentarme, me quité la americana ya que, aunque no hacía calor, tenía el cuerpo cubierto por el sudor que emanaba ante una situación que comenzaba a no tener controlada, si es que en algún instante llegó a estarlo. La colgué sobre la silla, y me senté, intentando que esos segundos me sirvieran para calmarme de una puñetera vez.

Alcé la mirada y observé la cara de aquella mujer. Ojos claros, muy claros. El iris casi podía confundirse con el blanco de los ojos. Esa mirada me resultaba inquisitiva, demasiado fría, y no me gustaba. Por algo debía ser la Top de aquel lugar, pensé.

—¿Tuviste algún problema para llegar, Juan? —preguntó, negando yo con la cabeza—. Qué suerte. —La mujer sonrió, mostrando una dentadura de perfectas piezas de esmalte blanco corregidas en su niñez por un oportuno aparato, y alejados de la aleatoriedad natural de los mios. Decidí no volver a sonreír hasta que saliera de allí.

—La verdad es que desde que pusieron la nueva rotonda de acceso al polígono la gente suele confundirse y acabar en las naves de Felviosa. Luego recuérdame que te dé un ticket para el parking, ¿de acuerdo?

—Gracias, pero no he venido en coche sino con el autobús. —Padre era una persona ahorrativa, de los que usa el coche hasta que ya no puede ser reparado ni por el mejor mecánico. La herencia automovilística padre-hijo no existía en mi lecho familiar.

—Eso puede ser un problema, Juan. Para trabajar en la línea de producción tendrías que adaptarte a los horarios de los mecánicos. Te hablo de una distribución a turnos, en la que el horario de mañana empieza a las seis. —Asunción se quedó un rato pensativa. —Creo que el primer autobús del Polígono llega a las ocho de la mañana. ¿Tienes alguna otra manera de poder venir?

Dios, qué problema. Le di vueltas con rapidez. Luis fue el que me habló de esta empresa. Que necesitaban personal. Y además trabajaba en un edificio muy cerca de Teck. Podría ir con él y luego ir andando hasta la oficina. Sí, eso es, Luis podría llevarme.

—Tengo un amigo que trabaja también en el polígono, así que no creo que tenga problemas —respondí tranquilo.

—Bueno Juan, hemos estado estudiando el currículum que nos enviaste. —Sobre la mesa tenía las dos hojas que conformaban mi historial: datos personales, estudios académicos, experiencia laboral, idiomas, y otros cursos. En rojo había señalado con redondeles algunas partes del texto, y había manuscrito series de tres interrogantes dibujados sobre el



pequeño párrafo relativo a los idiomas y otros cursos. —Pero antes quería hablarte sobre el espíritu de esta compañía.

La mujer se levantó, acercándose a una pequeña pizarra de papel blanco que, apoyada en un caballete, descansaba en una de las esquinas de la habitación. Cogió uno de los rotuladores que se encontraba en su parte inferior, retiró el papel que había sido utilizado con anterioridad y realizando una serie de árboles esquemáticos, inició un discurso sobre las distintas compañías que conformaban el grupo al cual pertenecía Teck.

Aquella situación me dio tiempo para tranquilizarme. Ahora me había transformado de protagonista a espectador y oyente. Una posición a la que me había acostumbrado a lo largo de mi extensa y exclusiva vida educativa.

La tal Asunción vestía con un traje azul oscuro, casi negro. Camisa blanca, pantalones, americana y zapatos de tacón que la hacían aún más alta de lo que ya era. Me daba la sensación de ser una mujer segura de sí misma y que, aunque ahora estaba dándome una explicación pormenorizada de los distintos detalles corporativos de Teck Engineering, creo que no dejaba de analizar cada uno de mis gestos y posturas. Aquella sala era la sabana africana, ella un leopardo agazapado, y yo un ornitorrinco idiotizado. Qué gracioso, pensé. Me había salido un pareado.

Seguí escuchándola y afirmando todo lo que iba diciendo con monosílabos carentes de significado. Entre aquella maraña discursiva, me resultó gracioso el uso insistente que hacía de palabras rimbombantes, lo que me hizo definirlo en aquel momento como “palabros modernos”. Sinergia era la más resultona. Significaba trabajo en equipo, pero quedaba

más tecnológico. Les debía gustar esa semejanza con energía, que les llevaba a pensar en la fuerza vital, el ímpetu, ir hacia el infinito y más allá, en plan Toy Story. Ah, y por supuesto un insistente Juan cada tres palabras.

—...y con esto, Juan, lo que quiero remarcarte es nuestro espíritu de equipo. —Asunción fue acercándose a su silla de nuevo mientras hablaba. —Teck Engineering es una empresa en la que todos confiamos en todos, y es por ello que se suelen llevar a cabo pequeñas excursiones de empresa para que los miembros del grupo corporativo nos conozcamos mejor. Espero que comprendas que, en nuestras nuevas incorporaciones, andamos en busca de ese espíritu de colaboración y habilidades para el trabajo en equipo.

Espíritu de colaboración, excursiones, sinergia... Pero si yo soy ingeniero, pensé. No un monitor de tiempo libre. Aunque creo que conseguí no reflejarlo en mi cara, estaba atónito ante toda aquella lista de artículos de broma sobre psicología que había presentado aquella mujer. Comprendí que ante mí, no estaba mi futuro jefe de ingeniería, sino un profesional de la selección de personal. Individuo carente de conocimientos técnicos, pero ducho en análisis psicológicos. Probablemente las habilidades relacionadas con mi carrera sean la parte de mi historial a la que menos importancia le iba a dar. Aún así, hice un esfuerzo por seguirle la corriente.

—Por supuesto. Creo que trabajar en equipo es la mejor forma de obtener resultados buenos en el menor tiempo posible —dijo forzado.



—No es la mejor forma, Juan: es la ÚNICA forma. —La mujer entonó con fuerza la tilde del vocablo “única”, bailoteando su dedo índice como el director de orquesta de su propia voz.

—Veo que durante tus estudios no viajaste nunca al extranjero, Juan —espetó mientras repasaba con la vista mi currículum.

Aquella mujer iba a gastarme el nombre de tanto pronunciarlo. Por supuesto que no he viajado al extranjero a alargar mi carrera y vivir del cuento un año más, chupándole la sangre a mis progenitores. Tengo la extraña opinión, propia de alienígenas supongo, que lo más importante era finalizar la carrera en el menor tiempo posible, en lugar de irme un año de parranda a alcoholizarme por Europa. Aquella fue la primera oratoria que compusieron mis neuronas más instintivas, pero tras el análisis llevado a cabo por el sector diplomático de mi cerebro, quedó todo más maquillado.

—Como puedes ver en el currículum, en la primera página —iba diciendo mientras me inclinaba sobre la mesa, señalándole un punto del escrito que tenía—, indica el periodo que tardé en finalizar la carrera. Tres años, desde el año dos mil seis al dos mil nueve, cuando la media está en seis. No me he ido al extranjero porque me he dedicado a estudiar.

En aquel instante, la expresión de mi interlocutora dio un vuelco radical. Proclamaba por todos sus poros: “¿Vas de listo?”. Aparté lentamente el dedo que señalaba mi currículum, y me senté, afligido por su reacción.



—De acuerdo Juan. Vamos a centrarnos en tus habilidades técnicas —dijo con una sonrisa poco amigable—. Te expondré un problema sencillo de ingeniería que deberás resolver en treinta segundos. Demostrarás tu capacidad de abstraerte y encontrar soluciones claras a problemas simples en poco tiempo.

¿Aquella mujer iba a juzgar mis conocimientos de ingeniería en treinta segundos? Y yo que pensaba que con los exámenes de la carrera ya había demostrado suficiente.

—¿Por qué las tapas de las alcantarillas son redondas y no cuadradas? —preguntó.

¿Que por qué son redondas? Y yo que sé. ¿Para llevarlas rodando porque pesan mucho? No, aquello no tenía sentido. Qué leches, ¿pero qué tontería de pregunta era aquella?

—Esto... No sé. Porque son más rígidas —respondí, nada convencido.

—No, Juan —negó la mujer como si corrigiera a un niño pequeño—. Es debido a que una tapa cuadrada puede colarse por el agujero, cosa que es imposible con la tapa redonda.

El silencio invadió la habitación, y una cara embobada fue mi única respuesta.

Claro, era lógico. La tapa cuadrada colaba perfectamente por la diagonal de su agujero, cosa que jamás le sucedería a la tapa redonda. Era un problema de geometría de lo más sencillo, y no había sido capaz

Aquel profesor, que vanagloriaba el ábaco para el cálculo y la escuadra para dibujar, era el símbolo contemporáneo de la geometría educativa universitaria. Todos en clase sentados a la expectativa de sus palabras, aquel vómito de saber desestructurado, pero con la esperanza de algún día comprender su significado, le veíamos en silencio avanzar por la tarima que se quejaba sonoramente ante su lento y pesado avance.

Dejó sobre la mesa aquel libro que siempre portaba, viejo pergamino, primer incunable sobre geometría, que velaba como los monjes a la Biblia. Observó a su audiencia en silencio, dibujando en su cara esa sonrisa macabra. Las puertas se habían cerrado, y el teatro que tanto deseaba se había iniciado. Él, capitán y dictador, ante las burdas e inexpertas criaturas, imitaciones de ser humano, que estarían a su merced a partir de aquel instante.

Introdujo su mano en el bolsillo y extrajo una serie de tizas de distintos colores. Acto seguido, se desplazó a la izquierda del encerado e inició su escritura cuneiforme, solo entendible por el más experto mesopotámico. Los alumnos como monjes copistas sin cerebro, repetían sobre sus cuader-nos aquella amalgama de símbolos, rezando para que un análisis más pormenorizado en sus hogares pudiera desvelarles su significado.

El profesor fue acelerando su escritura, imbuido del saber que iba plasmando, mientras balbuceaba para sí lo que debía ser la oratoria que quería trasladarnos. Pero sólo era audible por la pizarra, que inerte ante él, comprendía lo mismo que el resto de los presentes.

Una vez alcanzado el margen derecho y tras rellenar la parte inferior de la pizarra, volvió a trasladarse a su posición inicial para proseguir con su escritura. Se puso de puntillas alcanzando la parte más alta del encerado, siendo su caligrafía deformada aún más debido a la tensión a la que sometía a sus débiles gemelos.

Para los pobres alumnos con limitada velocidad de escritura, que esperaban a que aquel planeta de pana y lana orbitara hacia la derecha, para poder volver a vislumbrar lo escrito en su primera traslación, se encontraron con una amarga sorpresa. Todo lo escrito había desaparecido por completo. Aquel mentor, tenía un problema. Su control del espacio y la geometría era aplicable a todo el Universo salvo su cuerpo.

Alguien, en ese instante, encontró la valentía u osadía de solicitar una pausa de dictado, para poder seguir copiando.

En ese instante el astro rey inició su movimiento rotativo, tras pausar su escritura al haber sido expulsado de su orgasmo geométrico por la inoportuna injerencia de aquellos diminutos seres.

La superficie lanosa de su jersey donde habitaban las pelotillas que atestiguaban la vejez del tejido, mostraron con claridad lo sucedido con aquella valiosa información que había desaparecido de la pizarra sin mediación de ningún borrador. Como si de una tarta de Santiago sin cruz se tratara, toda su panza había sido cubierta por la tiza del encerado. Ningún alumno se atrevió a comentar nada en alto, pero los susurros fueron numerosos.



—¡Silencio! —gritó el profesor en un chillido histérico—. Si no sabes copiar sin más, ¿para que quieres tener nada apuntado? Tu mente es probable que jamás lo comprendiera.

Con aquel comentario despectivo, dio por zanjada la petición y volvió a su éxtasis analítico.

—Juan. What's the difference between colleague and partner? —Asunción me extrajo de los recuerdos en los que me había sumergido, retornando a la horrible realidad.

—Uhhh, ¿ok? —respondí atontado.